

CELCIT. Dramática Latinoamericana 280

LOS OJOS ABIERTOS DE ELLA

Raquel Diana

Personajes: 2

Ella

Él

Dedico esta obra a todos los que me ayudaron a no morir

Ella- Hay un escenario.

Entra una mujer.

La mujer camina.

Bajo sus pies una cuerda, y un paisaje de ciudad.

Si pudiera levantar un poco los ojos vería el mar.

Pero no puede.

Tiene miedo de caminar por una cuerda.

Hay una música.

La música es lo que hace que la mujer no caiga.

De tan lejana que suena, no se puede saber de dónde viene.

Pero la sostiene.

Al final de la cuerda hay gente

que la mira

gente que no habla.

Esperan.

Esperan.

¿Qué?

La mujer abre los brazos y muy emocionada dice: gracias.

No sabe por qué agradece.

Ella no es actriz.

Pero está aquí

en un escenario

con los brazos abiertos

diciendo

gracias.

Aparece Él.

El- ¿No tiene miedo de caerse? Tome mi brazo por favor.

Ella- ¿Me habla a mí?

El- Si. ¿No tiene miedo?

Ella- No.

El- ¿No quiere tomar mi brazo?

Ella- Si, tengo miedo.

El- Por qué no toma mi brazo.

Ella- Puedo caminar sola.

Silencio.

Caminan lentamente, ella apoyada en el brazo de él.

El- Puede tener confianza.

Ella- Si, seguro que si. Pero usted es tan... tan... Tan buen mozo.

El- (riéndose) ¡Por favor! No ha visto nada.

Ella- Buen mozo es una expresión antigua pero a usted le va muy bien.

El- Seguramente porque es antigua.

Ella- Me pone nerviosa que sea tan buen mozo. ¿Es raro, no? Con todo esto que

pasa ponerme nerviosa con su... con su...

El- ¿Belleza?

Ella- Usted es extraño. ¿A qué se dedica?

El- A cuidarla.

Ella- No digo ahora. En general.

El- Usted también es muy bella. ¿Nos sentamos?

Un banco de plaza.

Se sientan.

Ella- Es increíble todo lo que se ve desde aquí... ¡En esa plaza yo jugaba cuando era chica! Ya casi no hay plazas con pedregullo, pero esta tiene todavía. Me sacaba las piedritas de las rodillas y me quedaba mirando las marcas preocupada, como si fuese lo peor del mundo.

Pero lo mejor era recostarme a las estatuas.

En un abrazo nos reconoceríamos... esas estatuas y yo...

El- Está hermosísima. Su sonrisa es cautivante.

Ella- Lo que está pasando parece que es muy serio.... No me mire así.

El- ¿No le ayuda?

Ella- Qué.

El- Que la mire así, como adorándola.

Ella- Alguna vez le hubiera dado la vida para que un hombre me mirara así por cinco minutos.

Ahora no sé.

Me molesta un poco.

Los dos miran hacia delante.

Silencio.

Luego ruido de mar.

Ella- En esta ciudad vivimos olvidados del mar.

Y él está ahí, cada día.

Ese es el muro donde estuve recostada la semana pasada.

Fui a mirar.

A mirar lejos.

En estos días veo sólo una pared.

Pero sé que a pocas cuadras está el mar con su horizonte.

¿No?

El- ¿El mar?

Ella- Si.

El- No parece que hubiera un mar. Pero es encantador que usted se lo imagine.

Ella- Tiene razón

El- Soñar le hace bien.

Ella- No estoy loca.

Nosotros tenemos un río marrón con olitas miserables al que llamamos mar.

Siempre está ahí, cerca.

Para soñar que nos podamos ir si quisiéramos.

¿Ve aquella piedra?

Aquí me llevaba mi papá a pescar con un aparejo hecho con una lata vieja.

Nunca sacamos nada.

Nunca se ve a nadie sacando nada desde la rambla.

Hay días en que parece que todo el país está en el borde con su caña y su esperanza.

La gente que pasa se para a mirar a uno que tiene la línea tensa, pero cuando la recoge no hay nada, solo la plomada bailando inútil en la punta del hilo.

Invierno y verano vuelven.

Dicen que los peces se fueron mar adentro.

Siempre antes todo era más fácil.

Para pensar que es el mar fije la vista en el horizonte y mire el agua de refilón.

Así se ve azul... ¿Dónde está?

El- No se ponga nerviosa.

Ella- ¡Estaba ahí! El pedazo de la rambla que más me gusta.

El- Ya no se ve.

Ella- El mar, el río...

Ella llora, él la abraza.

Ella- ¡No me toque! Yo no lo conozco... ¡Y no me mire así!

El- ¿Así cómo?

Ella- ¿Por qué no se va? Me gustaría quedarme sola.

El- Tengo que cuidarla, hacerme cargo.

Ella- Hacerse cargo de mi, ¿con qué derecho?

No le pedí que viniera.

No le pedí que me cuidara.

El- Querida, querida...

Ella- ¡No me hable así!

El- Está muy bien.

Grite.

Pegue.

Tengo una paciencia infinita.

No hay nada más sublime que una mujer furiosa.

Un fuego les tornea las piernas, el vientre se pone vibrante, poderoso, como si pudiera parir en un segundo miles de criaturas para atacar al enemigo, los pechos puntiagudos como las astas de un toro, la boca abierta en un grito más grande que el cuerpo, los ojos enormes, quemantes, ciegos. Me gusta. Hágalo. Póngase furiosa.

Ella grita.

Él se abalanza sobre ella como para abrazarla.

Ella deja de gritar.

Él desaparece.

Ella- Hay un silencio.

El silencio es un mantel del tamaño del mundo

que la mujer recoge por las puntas
plegándolo

hasta que no es más que un pañuelo sobre su falda.

La mujer aprieta el silencio contra su pecho
y piensa.

Piensa en su vida.

Una vida simple

o complicada

o común

cualquiera.

Tener una vida como la de cualquiera ya es bastante, piensa ahora.

Piensa también en todas las veces en que odió su vida

y ahora está ahí

en el hueco de su mano

chiquita

entrañable.

La mujer besa la vida chiquita en el hueco de su mano

la envuelve en el pañuelo de silencio para que esté abrigada

y tenga paz.

Salón de baile.

Rumor de voces, risas.

EI- Venga, la estaba esperando. Siempre la estoy esperando.

Ella- (por encima del ruido) ¿A mí?

EI- Desde el principio de los tiempos estoy esperando este encuentro.

Ella- No exagere. No me va a seducir con ese romanticismo trasnochado.

EI- Es la pura verdad.

Ella- ¿Por qué? ¿Por qué me está esperando?

EI- En esto no hay razones.

Ella- Quiero que me lo explique.

EI- No hay nada que explicar.

Ella- Es absurdo que me esté pasando esto.

El- De todas maneras qué importa.

Las explicaciones confortan un rato.

Después se gastan

se consumen

y hay que salir a buscar otras.

Debe ser un trabajo agotador.

Ella- ¿Y usted cómo hace?

El- Estoy aquí y solo pienso cuándo será el momento en que me dará un beso.

Ella- Nunca.

El- ¿Ve? Nunca sí que es una palabra absurda. ¿Qué quiere decir nunca?

Ella- Qué lo odio. Que no lo voy a besar aunque sea lo último que me quede por hacer en la vida.

El- (se ríe a carcajadas) Usted es maravillosa. ¿Bailamos?

Ella- No. Estoy confundida. Además no hay música. Solo ruido de gente, gente, gente...

Suena una música muy agradable.

El- Vamos, aflójese, déjese llevar.

Venga.

Si baila al mismo ritmo que todos, nadie la va a ver.

Baile conmigo.

Por favor.

Bailan.

Ella- Estuve en miles de bailes

pero nunca pude escuchar la música.

Veía los cuerpos

las caras

los gestos.

Me movía

sabía llevar el ritmo

aún en el silencio.

A veces me ponía a tararear algo

para no sentirme

tan sola

entre tanto ajetreo.

El- Tiene un cuerpo espectacular.

Ella- Tenía.

El- Tiene.

Ella- (Como si reconociera a alguien entre la gente que baila) Por favor, gire para acá. Ahí está bien. Baile en el lugar por favor. No quiero que me vea así.

El- ¿Así cómo?

Ella- Vieja.

El- Él no la ve. Usted está conmigo.

Ella- Está mirando para este lado. Gire más. Así... ¿Lo ve? ¿Qué está haciendo?

El- Hace quince años que no sabe de él. ¿Por qué vendría justo hoy?

Ella- Veinte. Veinte años.

El- Quince.

Ella- ¿Usted qué sabe?

El- Baile conmigo. Él es solo un hombre.

Ella- Con él hubiera podido bailar eternamente.

El- Eso sólo lo puede hacer conmigo.

Ella- Con usted tampoco escucho música.

El- Pero usted se está escondiendo de ese y está bailando conmigo.

Ella- ¡Está celoso! Me encanta... Pero no me distraiga... Quédese quieto... Él está igual... (esconde el cuerpo detrás de Él- Y yo con las caderas y las piernas en proceso de expansión.

El- Una mujer rotunda.

Ella- Una mujer desparramada.

El- Ya está mejor. Hasta tiene un poquito de humor. ¿Y qué más?

Ella- La cara caída, los ojos tristes, la piel colgando...

El- Es muy excitante.

Ella- Él tiene el mismo modo de mirarme, el mismo abrazo, la misma forma de acariciarme después de hacer el amor.

El- Él se volvió gordo, pelado y mezquino.

Ella- Él me quiere todavía, estoy segura. Se cansó de dar vueltas y me viene a buscar. Nos estamos encontrando de casualidad en un baile. (avanzando al encuentro de su amor) Hola... Qué sorpresa... Es la primera vez que vengo a este lugar... No, no tengo nada que preguntarte... No hace falta... Tampoco tengo nada que decir... Ahora no puedo acordarme de nada que no sean tus manos...

Yo soy la que te espera, nada más... Si cierro los ojos me vas a tomar de la cintura y me vas a llevar por fin. (cierra los ojos)

Leves, bellos, juntos, libres.

(Él toma el lugar del amado imaginario, ya no se oye la música. Él le besa la cara)

Por qué demoraste tanto.

(Ella tararea la melodía del principio)

Tu pecho es una pendiente
me dejo caer suavemente
te tengo confianza
amor
mi amor.

El- Te tengo aquí y podría quebrarte como una hoja seca con sólo cerrar mi mano. Pero prefiero besarte.

Bailar juntos eternamente.

Ella- Gracias. (se besan)

El- (separándose y abriendo los ojos) No. Así no. Usted me tiene que elegir. El amor y la muerte soñados son otra cosa. Usted me tiene que amar a mi, despierta o dormida, pero sin equivocarse. (desaparece)

El escenario vacío.
Ella- Rugir de multitudes.
La mujer está en un estrado altísimo.
Hasta perderse en el horizonte
mujeres con el pelo suelto o atado
cubiertas por velos o pañuelos
o mantos o tiaras de flores.
Lo que va a decir será transmitido en directo
para todo el universo
aún para esos poblados donde no hay televisor
ni radio
ni agua que beber
ni cosa que comer.
He venido a traerles lo que aprendí en un segundo.
No sé si será sabiduría
pero pensé que valía la pena
detener un segundo por la mitad
para que hubiera tiempo de decir esto:
nunca
jamás
cierren los ojos.
Hay una trampa a la vuelta de cada cosa
incluso a la vuelta de cada ilusión.
No se trata de estar pendiente
y estropear el mundo con la sospecha.
Al contrario.
Se trata de ver donde otros no ven.
De crear el mundo como mejor lo hemos soñado
no con el humo del pensamiento
sino con el barro que pisamos.
Soñar de ojos abiertos.

Muchas lo han hecho
desde siempre.
Locas
las han llamado.
Son esas que sonríen sin causa aparente
o se entristecen
o cantan cuando nadie las invita.
Así como cuando dormimos tenemos un ojo del alma mirando a nuestros hijos,
siempre hay que ver.
Ver.
Ver.
Una vez creí que amaba
y estaba muriendo.
Otra vez creí que moría
y solo estaba amando.
No sé cómo serán las cosas
pero que no vengan en la debilidad del sueño
ni en la embriaguez
ni en la prepotencia
ni en la seducción tramposa.
Aquí la mujer se detiene para dar paso al aplauso de las miles de millones de
mujeres que la escuchan.
Después deja correr el segundo que había detenido.
Tiene que elegir.

Él sentado tras un escritorio, casi policial.

El- ¿Ya decidió?

Ella- ¿Puedo tomar un vaso de agua?

El- Todavía no.

Ella- Por qué todavía no. El agua es una cosa muy simple. Por momentos veo
pasar a una enfermera. Yo le pido agua pero ella sigue de largo y no me escucha.

Después me doy cuenta de que no estoy hablando. Solo pensaba: enfermera, por favor, quiero tomar agua.

EI- ¿Y?

Ella- No creo que tenga nada que decidir.

EI- ¿Cómo? Hace un momento pensaba lo contrario.

Ella- Todo esto es muy absurdo. No tiene ningún sentido, se lo mire por donde se lo mire. Es tan absurdo que podríamos terminar aquí toda esta payasada y decir: hemos pasado un momento diferente, singular, un poco metafísico y ahora: fin y a volver cada uno a sus asuntos.

EI- Estoy teniendo mucha paciencia. Me estoy tomando más tiempo del que usted se merece. (ella no contesta) Está bien, quizás sea mejor que me vaya. Las cosas suceden como tienen que suceder. Buenas noches.

Ella- ¡No! No se vaya, por favor.

EI- ¿Si?

Ella- No quiero quedarme sola.

EI- Tiene sus pensamientos, su manía de hablar consigo misma, sus monólogos interiores actuados para el gran escenario de su cabeza.

Ella- No se meta con mi cabeza.

EI- Por qué no decide de una vez.

Ella- Hay muchas cosas que considerar.

EI- ¿En éste momento?

Ella- Si.

EI- (con una agresividad que crece con cada pregunta) No tiene tiempo y no puede acordarse de cada cosa.

Ella- Si, puedo.

EI- ¿Puede? Dígame que fue lo mejor que hizo... (ella duda, busca que responder pero nunca puede hacerlo) ¿Y lo peor?... ¿Cuál fue la vez en que tuvo más coraje?... ¿Cuándo fue cobarde?... ¿En qué momento dañó a otros, de cualquier manera, con un golpe, una bala, un chisme, una traición?... ¡Responda!... (el interrogatorio es cada vez más violento) ¿Cuándo fue buena, hasta dónde llegó su bondad, qué fue lo que sacrificó?... ¿Cuántas veces fue egoísta? ¿Fue generosa

alguna vez, de verdad?... ¡Responda!

Ella- No puedo. Usted me presiona.

El- ¡No tiene tiempo! Usted dijo que tenía que considerar muchas cosas. Bueno, ¡hágalo!

Ella- No entiendo lo que está pasando.

El- ¿Cree que ha hecho cosas en su vida?... ¿Cosas importantes?... ¿Le ha quedado algo por hacer o puede decir que ya está, que hizo lo suficiente?... ¿Debía hacer algo?... ¿Debía ser de determinada manera?... ¿Pudo lograrlo?

Ella- (gimiendo) Cállese por favor, me duele la cabeza.

El- ¡Piense!

Ella- No puedo.

El- Ponga en la balanza, evalúe, compute, procese, el debe y el haber, calcule, valore, decida, dictamine. ¡Piense!

Ella- ¡No puedo!

El- ¿De qué sirvió todo? ¿Para qué tanto trabajo? Dígame. ¡Dígame!

Ella- Quiero tomar un poco de agua.

El- ¡Agua! Es todo lo que se le ocurre: agua. Usted consigue ponerme furioso. No sé por qué la estoy atendiendo tanto. Al fin de cuentas ¡a quien le importa su vida ni su agua!

Ella- A usted.

El- (fastidiado) Está bien, en cierta forma, me interesa. Por eso le estoy pidiendo que venga conmigo.

Ella- Hay manos, ojos, sonrisas, rezos, gargantas anudadas, rodeándome. Yo lo siento. Pertenecen a gente que me quiere. Cada cual a su manera. Me quieren.

El- No estamos hablando de eso. ¡Concéntrese por favor!

Ella- ¡No sé lo que quiere de mí! No entiendo lo que está pasando. Y sea lo que sea es como si no me estuviera pasando a mí. Transcurre en un escenario y yo estoy en la platea.

El- (conteniendo la furia) Piense, decida, y no se equivoque. Es fácil y rápido, un abrir y cerrar de ojos, un tiempo de brisa leve. (desaparece)

El escenario vacío

Ella- Se detuvo el ajetreo de las enfermeras.

Se abrió un agujero en el aire

La mujer se asoma.

Se ve una barranca verde agua
de algodones.

Se mete adentro

se suelta el pelo

respira con serenidad

un poco de aire

el último poco

y empieza a cerrar los ojos.

Los párpados caen muy despacio

tan despacio que entre un milímetro y otro

puede sentir que está a la distancia de

un suspiro

de algo muy importante

más grande que ella misma.

Está a punto de deslizarse por la suave barranca

de suspirar

de clausurar los ojos

cuando se da cuenta de que se va a morir.

Aparece Él, radiante, aplaude.

Un espectáculo de café concert o de circo.

El- (como un presentador) ¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean, señoras y señores! Hoy se presenta en función exclusiva, la única, la peculiar, la irremplazable. No digo la magnífica, ni la gloriosa, ni nada de eso, porque todos sabemos que no lo es. De lo único que estamos seguros es de que no hay otra igual. Es un ejemplar único, como todos los ejemplares.

Ella- (Bajo una luz, canta y dice como una diva)

Bienvenidos.

Bienvenidos al show de mí misma.

Cada cual tiene su momento

su momento de ser estrella.

Hoy es el mío.

Mírenme

óiganme

tóquenme

siéntanme.

Hoy no hay cáscaras

caparazones

ni armaduras.

Es mi momento de brillar.

Mírenme

óiganme

tóquenme

siéntanme.

Si tengo una luz especial

si hay algo en mí que pueda perdurar

ese algo está aquí.

Mírenme

óiganme

tóquenme

quiéranme.

Todos tenemos algo

todos merecemos un lugar en el show

hoy me toca a mí

mañana a usted.

Mírenme

óiganme

siéntanme

quiéranme.

El- (como un animador) Gracias, querida. Hay justicia: a cada uno le toca un pedacito de gloria. Temprano o tarde.

Él aplaude, Ella saluda y agradece.

El- Muy bien querida, continúa la función. Seguidamente, señoras y señores...

Ella- No quiero seguir.

El- Ya estás aquí. El público espera.

Ella- ¿El público?

El- Si, hay que seguir... (señalando la platea) Por ellos.

Ella- Usted me está engañando desde el principio.

El- Eso a los espectadores no les interesa. Vayamos al próximo número.

Ella- (Decide cambiar de actitud. Actúa como un clown) Señor, señor, ¿me puede ayudar?

El- En este momento yo le estaba hablando al público para presentar en próximo número...

Ella- Justo, es por eso.

El- No me interrumpa por favor. A continuación...

Ella- Por eso, por eso. Necesito que me ayude para el próximo número.

El- No me interrumpa. Les decía que a continuación vendrá el humor, la comicidad y la gracia sin par de...

Ella- No va a poder ser.

El- ¿Por qué?

Ella- Porque para hacer el número necesito que usted haga un papel.

El- ¿Yo? Yo puedo hacer cualquier cosa, menos actuar. Nunca me ha tocado, nunca ha sido necesario. No necesito representar nada. Yo puedo ser cualquier cosa. No. Me voy a sentir ridículo.

Ella- Sólo por esta vez, ¿sí? Vamos, sea amable, qué le cuesta.

El- Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

Ella- Tiene que hacer de muerte.

El- (riéndose) ¡Ah, bueno!

Ella- Pero no una muerte cualquiera. Tiene que ser mí muerte.

El- No hay problema. Y ¿cómo es la muerte?

Ella- Parece que es mujer. "La" muerte.

El- Ah, no. No voy a andar mariconeando delante del público.

Ella- No sea prejuicioso y haga el esfuerzo. Parece además que es una mujer muy fea. Vamos ponga cara de fea. (Él hace caras) Bastante bien, por ahí puede ser. También es flaca, vieja y encorvada. (El trata de hacerlo) Bien. A ver un poquito más encorvada... Perfecto. Ahora trate de hablar con el aliento, susurrando, como si le costara... (El prueba) Casi... Tiene que ser una voz que dé frío, que si le habla a alguien en la oreja, lo mata de un infarto sin que el tipo tenga tiempo de verle la cara... (El prueba) ¡Bravo! Podemos empezar. Tranquilo... ¡Muerte, muertecita mía! ¿Cómo estás?

El- (desarmando el personaje) ¿Me va a tutear?

Ella- No, no. Sólo al personaje. Me parece que tengo derecho a tutear a mi propia muerte, al fin de cuentas es mía y de nadie más. (El trata de protestar pero ella lo detiene) No se disperse que se le va a perder el personaje... Vamos de nuevo. ¡Muerte, muertecita mía! ¿Cómo estás?

El- (actuando) Vine a buscarte.

Ella- ¿A mí?... ¿Quieres que me vaya contigo?

El- Si.

Ella- ¿A dónde, vieja asquerosa?

El- No me insultes.

Ella- ¿Por qué no, qué importancia puede tener? (la escupe) Andate a la mierda.

El- (limpiándose la escupida) Así no se puede seguir.

Ella- Ojalá.

El- (dejando la actuación, violento) No te olvides de quién soy.

Ella- (enojada) Y quién te crees que sos.

Silencio.

No se sabe cuál de los dos ha ganado la partida.

El- (al público) Señoras y señores el próximo número es de un profundo dramatismo. Algo asombroso: la belleza y la fortaleza, la angustia y el coraje, la desesperación y la confianza... Redoble... Con ustedes: ¡Ella!

Ella- La mujer

parada en una pequeña plataforma en el poste más alto del circo
piensa

que no es la primera vez que está allí.

El trapecio viene hacia ella.

Solo tiene que tomarlo con las manos
y dejarse llevar por el impulso.

Sabe que no tiene tiempo para dudar.

Es una sensación conocida.

Piensa

en las veces que no lo tomó
que lo dejó ir.

No se ve quién empuja el trapecio.

Simplemente viene y va.

Viene y va.

En éste que viene ahora

va ella

usándolo de hamaca, muerta de risa, sacudiendo las piernas chuecas.

En éste

ella colgada de un brazo, esbelta, con un vestido brillante de estrella de circo.

Quiero bajar, estoy cansada.

No se puede descansar

siempre hay un trapecio delante

que viene y hay que hacer algo.

Algunas veces venía un hombre

y lo dejaba ir.

Una vez me colgué de una mano tendida y una sonrisa generosa y...

No me dejes caer amor, mi amor (llora
En la tierra tuve a mis hijos.
Se me olvidaron los abismos y los vértigos
y nunca me tembló la mano para cuidarlos.
Sí me tiembla el alma de tanto que los quiero...
Ellos tienen ahora su propio asunto con el vuelo y los trapecios.
¡Ah, si hubiera Dios para pedirle que no los deje caer!
La mujer se pone de pié delante de sí misma
levanta la cabeza
se seca las lágrimas y se apronta para caminar sobre una cuerda.
Redoble.

El- Hay un escenario.
Entra una mujer.
La mujer camina.
Bajo sus pies una cuerda, y un paisaje de ciudad.
Si pudiera levantar un poco los ojos vería el mar.
Pero no puede.
Tiene miedo de caminar por una cuerda.
Hay una música.
La música es lo que hace que la mujer no caiga.
De tan lejana que suena, no se puede saber de dónde viene.
Pero la sostiene.
Ella- (canta la misma melodía del principio)
El- Yo podría hacer que te olvidaras de tu canción. Al fin de cuentas es lo que los hombres hacen.
Ella- No podrías. Me llevó toda la vida componerla. (las rodillas se le doblan levemente como si hubiera estado a punto de caerse) No me voy a ir contigo.
El- Vos pensás que se pueden tomar todas las decisiones, que alcanza con la voluntad y el esfuerzo.
Ella- Y el amor. (se va debilitando)

El- Quizás fue eso lo que te hizo mal.

Ella- ¿El amor?

El- El creer que podías resolver todo de alguna manera.

Ella- Estoy cansada. (está a punto de caerse, canta su canción muy débilmente)

El- (abrazándola, sosteniéndola) Mi amor.

El la besa largamente. Luego levanta la cabeza, la mira y canta la canción mientras ella permanece muy quieta, como si hubiera muerto con los ojos abiertos. De pronto ella alarga su brazo para atraer la cabeza de él, lo besa con pasión y luego lo aparta.

Ella- Me voy.

El- ¿Cómo?

Ella- Te dejo. Te dejo aquí.

El- Decidiste.

Ella- No estoy segura de quién decide.

El- Me voy a morir de dolor.

Ella- No es cierto. No te vas a morir.

El- Quedate conmigo. (la abraza)

Ella- (se suelta, le acaricia la cara) Fue una suerte haberte encontrado ahora.

El- ¿Si? Nadie me había dicho eso antes.

Ella- Yo nunca había estado contigo... Adiós. Pudo haber sido dulce estar juntos... Hay manos, ojos, sonrisas, rezos, gargantas anudadas, rodeándome. Son de gente que me quiere. Cada cual a su manera. Me quieren.

El- Yo nunca te voy a dejar de amar.

Ella- Lo sé.

El desaparece.

Ella- Ajetreo de enfermeras.

La mujer no ha cerrado los ojos.

Respira suavemente.

Mira.

Mira como si fuera diminuta

y su casa fuera su cabeza

y sus ventanas los ojos.

Los que están allí, sonríen.

Una sonrisa tenue.

Ella también.

El escenario es enorme.

Al final de la cuerda hay gente

gente que la mira

gente que no habla.

Esperan.

Esperan.

Ella siente que su cuerpo es muy poca cosa

para estar allí en tan bello teatro.

Rápidamente se teje un vestido.

Cada hebra que necesita se la ha dado alguien.

Unas son de amor, otras de sufrimiento.

En cada pliegue va su luz y su sombra.

Está espléndida.

Camina contenta de su vestido.

El coraje no es de ella

es de los que la han estado esperando.

Su vida no es poca cosa

es como la de cualquiera

y eso es muchísimo.

Camina confiada en que será la más bella de todas.

Sabe que si mira por encima de su hombro

se va a encontrar con Él

siempre.

Va a tener ganas de besarlo

a veces
o lo va a escupir y a echar.
Está bien.
Será que así tiene que ser.
La mujer abre los brazos y muy emocionada dice: gracias.
No sabe por qué agradece.
Ella no es actriz.
Pero está aquí
en un escenario
con los brazos abiertos
diciendo
gracias.
FIN

Raquel Diana. Correo electrónico: radiana@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar